



LA PROBLEMÁTICA SOCIAL

El empleo y los rostros del desempleo

Jorge Barraza Ibarra
Director del Departamento
de Investigación

Tradicionalmente se reconoce que el nivel de empleo de la población es un importante indicador del bienestar de una sociedad. El empleo es una categoría económica y social de gran importancia en las complejas economías modernas, en gran medida un factor dinámico del crecimiento. Los economistas en sus desarrollos teóricos se han preocupado por explicar las causas que determinan el nivel de empleo de una economía y las motivaciones subyacentes en el comportamiento de la oferta y demanda de trabajo, distinguiendo algunas modalidades del paro en involuntario, friccional o estructural.

Pero el empleo es también una categoría social que implica la capacidad de la sociedad, de su aparato productivo para absorber la fuerza de trabajo disponible en cada período, que fluctúa de acuerdo al tipo de país o región, las costumbres y tradiciones, o las necesidades familiares de incorporar a sus miembros a participar en la generación de los ingresos necesarios para la vida. En las sociedades modernas el empleo es una fuente de ingresos y además es el elemento que respalda la demanda efectiva de los bienes y servicios que se producen socialmente. En la medida que la demanda de empleo no pueda ser atendida con los mecanismos del sistema, y cada vez más y en una alta proporción los habitantes de un país no tengan acceso al mismo, este se convierte en un problema político, fuente de insatisfacción e inestabilidad.

«El Estado de la Nación en Desarrollo Humano, 1997» señala que en dicho año el 40% de la población económicamente activa (PEA) estaba desempleada o subempleada. La PEA se define como «el grupo poblacional constituido por personas de 10 años o más

que están ocupadas o buscan estarlo». Para 1997 la PEA total se cuantificó en dos millones sesenta y seis mil quinientos veintitres personas, y en consecuencia el número de personas desempleadas estarían por un nivel de 826 mil 609 trabajadores. Este mismo documento establece que la tasa de desempleo total es de 8%, siendo más alta en el área rural (8.7%) que en el área urbana (7.5%), cifras que no parecen muy significativas. De acuerdo con esta información la desocupación fue más evidente entre los profesores (36%), los trabajadores de la construcción (13%) y los trabajadores agrícolas (10%).

Además, según este Informe, la tercera parte de los ocupados se encuentran subocupados; la categoría de subocupados se define como aquellos que trabajan involuntariamente menos de 40 horas a la semana y perciben ingresos menores al salario mínimo establecido. Para 1997 la subocupación correspondía al 31.3% de los ocupados. El sector agropecuario, actividad que tradicionalmente genera mucho empleo en la economía, ha visto deteriorada su posición, pues si en 1991-92 absorbía el 35.8% de los ocupados para 1997 había descendido hasta el 26.3%.

En este tema es necesario reconocer que no se dispone de cifras confiables y consistentes sobre la real situación del desempleo en el país; la realidad muchas veces se esconde en los conceptos y en la manipulación de las cifras, amen, de la resistencia de sectores interesados en esconder la cruda situación de un país en donde abunda la falta de trabajo. Hay hechos objetivos que no pueden ignorarse; en primer lugar el gran número de personas que buscan desesperadamente empleo sin encontrarlo, y en segundo lugar, la incapacidad de la economía de generar nuevos empleos. Lo que no se comprende es la actitud de muchos sectores



Foto: Mario Calvo Armas, cedido a UTEC

empresariales y el Gobierno en no reconocer esta aguda situación que afecta la economía como un todo, ya que estos trabajadores tanto participan como generadores de riqueza como consumidores de los bienes y servicios que se producen anualmente.

El desempleo además de ser un lastre del desarrollo es un factor de inestabilidad social y política permanente. Las necesidades familiares o personales que no pueden ser satisfechas mediante el trabajo se transforman en motivos de insatisfacción que animan la inestabilidad especialmente en un país que recientemente acaba de salir de una cruenta guerra interna. Además el desempleo fomenta la pobreza en la medida que no es posible colocarse rápidamente en otro lugar, favorece la delincuencia y la violencia, y aumenta la desesperanza de muchos jóvenes que desean incorporarse a las actividades económicas.

No se puede negar que una de las más importantes motivaciones que alentaron la migración hacia los Estados Unidos y otros países ha sido la carencia de oportunidades, y entre ellas, las de un empleo estable y adecuadamente remunerado capaz de garantizar el bienestar de las familias. El conflicto armado aumentó el éxodo de muchos salvadoreños que aún hoy siguen arriesgando la vida para cruzar una frontera llena de peligros en su afán de alcanzar el sueño americano.

Uno de los más importantes retos de la política económica y social de los próximos años será la de proveer de empleo a los miles de salvadoreños desempleados, a los subempleados, a los trabajadores informales, y a las miles de personas que anualmente buscan una forma de ganarse la vida. De no hacerse los riesgos de una explosión social estarían a la puerta con inimaginables repercusiones.



INFORME DE LA UTEC 1999

LAS URGENCIAS DE LA EDUCACIÓN

La educación en El Salvador muestra niveles muy bajos desde 1970. Esta situación se agudiza en la década de los ochentas auspiciada por la crisis económica y el conflicto armado. Desde una óptica de país la educación es un factor clave en el desarrollo económico y social, puesto que al carecer de recursos naturales y materiales para ello, recae sobre el capital humano el peso de nuestro progreso. Sin lugar a dudas puede afirmarse que las inversiones en educación no se encuentran en armonía con las necesidades. Al observar las cifras del presupuesto nacional en educación en los últimos veinte años encontramos que este en relación con el PIB pasó de significar 3% en la década de los setentas a 1.6% a principios de 1990; para luego ascender nuevamente a un 2.4% en 1997. Para un país que apuesta a su capital humano en una estrategia de globalización la situación apuntada anteriormente es simplemente ridícula. En primer lugar los frutos de altas inversiones en educación no se verán en el corto plazo; se requiere de grandes esfuerzos en generaciones enteras de salvadoreños como para pensar que este recurso tendría posibilidades de competir en los mercados internacionales. Y el porcentaje del presupuesto de educación en el PIB no permite creer que la generación de niños que ingresan hoy a la escuela parvularia cuentan con los recursos, la infraestructura, la tecnología y la capacidad que los colocará en igualdad de condiciones con los niños que a este mismo nivel, se preparan en los países desarrollados e industrializados.

Pareciera entonces que de lo que se trata es de preparar grandes cantidades de obreros para plantas maquiladoras, pero maquilas de último nivel, confeccionadoras de ropa también de consumo masivo y precios muy bajos. La promoción de convertir al país en un centro internacional de maquiladoras se basa en la pretensión de ofrecer una mano de obra barata y abundante, más barata que la de Taiwan, China o México; un alto nivel de concesiones fiscales y una estabilidad laboral establecida sobre un mecanismo de mercado para determinar el punto de equilibrio entre las demandas de los trabajadores y las concesiones patronales.

Se reconoce que una mayor educación de carácter general, la formación laboral y la capacitación permanente son elementos indispensables para tener acceso a un empleo. Estos tres elementos ya señalados definen la capacidad de competitividad del trabajador salvadoreño y mientras esta no sea modificada

cualitativamente es remoto pensar que tendrá capacidad para insertarse en mercados extranjeros, en donde las características educativas y técnicas de sus trabajadores tienen otra connotación.

El déficit educativo en todos sus niveles no puede ser ignorado y los esfuerzos en esta materia requieren de una cruzada nacional e inversiones de tan alto nivel más allá de las posibilidades gubernamentales. La empresa privada, que es y presumiblemente continuará siendo un beneficiario directo del sistema no puede abstraerse de contribuir en la educación de sus actuales y potenciales recursos. A la fecha, históricamente, se ha dejado este aspecto como una responsabilidad exclusiva del sector público, que se atiende con los impuestos y que se ve con desprecio como una cargosa tarea en beneficio de las clases más pobres. Pero no cabe duda que en los albores de este nuevo siglo, en el que campean triunfantes las iniciativas de mercado y liberalismo económico la educación es una inversión, tan importante como el papel que un país define jugar en el concierto mundial.

En la definición de este plan de acción y sus respectivas inversiones está la opción sobre sí vamos a convertirnos en un país de maquilas de bajísima tecnología, que además de ser una solución cortoplazista, el valor agregado de los procesos productivos no satisface las necesidades de la población empleada en las mismas.

LA SALUD Y LA PRODUCTIVIDAD

En primer lugar es un derecho inalienable de un alto valor humano y social. Se concibe como un valor social cuyo gozo da sentido y dignidad a la vida humana y garantiza el pleno desarrollo de la sociedad. La Organización Mundial de la Salud (OMS) la define así: «La salud es un estado de completo bienestar físico, mental y social y no solamente la ausencia de afecciones o enfermedades».

Para 1998 la población salvadoreña se estimó en 6 millones 31 mil treientos veintiseis habitantes, de los cuales el 57.8% viven en el área urbana y casi la tercera parte de ellos vive en el área metropolitana de San Salvador. En los últimos veinte años la mortalidad general ha tenido un leve descenso de 7.8 por mil habitantes en 1977 a 6.08 por mil habitantes en 1997. La esperanza de vida ha aumentado de 57.4 años en 1975 a 61.9 años para los hombres y 67.4 años para las mujeres en 1997.

En los últimos meses el papel de la salud en la sociedad salvadoreña ha estado en entredicho, sujeto a una discusión pública de dudosa transparencia.



Enfrentados en una huelga de varios meses entre los trabajadores del sector y los médicos con el gobierno y autoridades del Instituto Salvadoreño del Seguro Social, se finaliza después de una inexplicable intervención violenta de la Policía Nacional Civil, a escasos días de las elecciones para diputados y alcaldes. Con esta acción se pretendía reiniciar negociaciones abandonadas por posiciones intransigentes apegadas a muy discutibles patrones de legalidad, de parte de los negociadores gubernamentales.

El problema de la salud en el país es uno de los grandes e insoslayables temas del desarrollo y no puede ser ingenuamente explotado como movimientos partidistas, desde el hecho mismo que este movimiento agrupaba estratos sociales disímiles: médicos, trabajadores de la salud, y personas pertenecientes al sistema. Los tan llevados y traídos argumentos de injustificados aumentos salariales, por mucho que se trató de demostrar que las remuneraciones de estos sobrepasan a los devengados por otros trabajadores públicos no tuvieron el impacto propagandístico deseado. Las altas autoridades del Seguro Social jamás han revelado públicamente el monto de sus salarios y prebendas, que posiblemente sobresaltarían aún más a las masas trabajadoras del país.

Otro aspecto muy irritante del problema se asocia con las intenciones del Gobierno de privatizar veladamente a los Hospitales del Seguro Social, utilizando el engaño y la sorpresa. Las acusaciones de ineficiencia y mala atención médica tampoco tienen consistencia en un entorno de corrupción generalizado en los altos niveles del Seguro Social, en donde se han conocido casos como la compra de grandes cantidades de medicinas vencidas, tráfico de influencias, etc., que ha degenerado el sistema desde la cúpula. En estos países actualmente no se pone en tela de duda el espectro de la corrupción en los más altos niveles del Ejecutivo y el Gobierno debió pensar que no podía tirar piedras teniendo el techo de vidrio. Se ha mencionado mucho en esta lucha que poderosos intereses privados competirían por insertarse en los Hospitales del sistema.

En gran medida la privatización de la salud se encuentra inserta en las tendencias del gobierno de derecha en privatizar la mayor parte de las instituciones o empresas del estado sujetas a la obtención de lucro. Los errados y no defendibles principios del mercado y su eficiencia han sido negados indudablemente por la realidad. Los sectores pobres de la sociedad temen, y no

sin razón, que una privatización en el sistema de salud encarecerá el servicio médico y hospitalario, dejándolos sin opciones. De entrada el sistema actual basado sobre la solidaridad social como principio no resiste la tesis, como ha sido el resultado de otras flamantes privatizaciones, de que solamente tienen derecho los que puede pagar. Se ofreció que la población experimentaría significativas reducciones en los pagos de energía eléctrica y el teléfono, la gasolina, el gas propano, pero los resultados hablan por sí solos.

La desafortunada participación de la Policía Nacional Civil, conocida en los programas televisivos del continente americano confirmó que es bien fácil retroceder a los años de una guerra recién superada, gracias al cretinismo y la prepotencia. La reacción internacional demostró a propios y extraños la diferencia fundamental entre demagogia y democracia real.

Los argumentos favoritos de los sectores empresariales acerca de que la huelga negaba el justo derecho de los trabajadores a ser atendidos por una institución que recibe cotizaciones de los trabajadores y que pertenece a ellos pierden sentido cuando se considera la alta deuda que el sector empresarial mantiene con esta institución sin esperanza de pago.

En síntesis este sector se ha convertido en un bastión antisistema que, por la calidad intelectual de sus integrantes y sus serios posicionamientos sobre el tema puede, si no se maneja con visión de estadista, convertirse en una permanente fuente de inestabilidad para el actual gobierno.

EL PERMANENTE PROBLEMA DE LA VIVIENDA

Para analizar el problema de la vivienda en el país es necesario considerar tres aspectos fundamentales: la existencia de un déficit crónico habitacional, la mala calidad de las viviendas de los pobres, tanto en las áreas urbanas como rurales y la escasa capacidad adquisitiva de las familias de bajos ingresos frente a los altos precios de las viviendas.

El déficit habitacional definido como la brecha que resulta entre las necesidades de habitar una vivienda y la oferta disponible de las mismas es una situación crónica que se ha venido agravando con el tiempo. Cifras de la OPES estiman que el déficit habitacional en 1997 era de 571 mil 470 viviendas, lo que significa considerando que la familia promedio tiene 5 miembros, que en esa

LA PROMOCIÓN DE CONVERTIR AL PAÍS EN UN CENTRO INTERNACIONAL DE MAQUILADORAS SE BASA EN LA PRETENSIÓN DE OFRECER UNA MANO DE OBRA BARATA Y ABUNDANTE, MÁS BARATA QUE LA DE TAIWAN, CHINA O MÉXICO; UN ALTO NIVEL DE CONCESIONES FISCALES Y UNA ESTABILIDAD LABORAL ESTABLECIDA SOBRE UN MECANISMO DE MERCADO



INFORME DE LA UTEC 1999

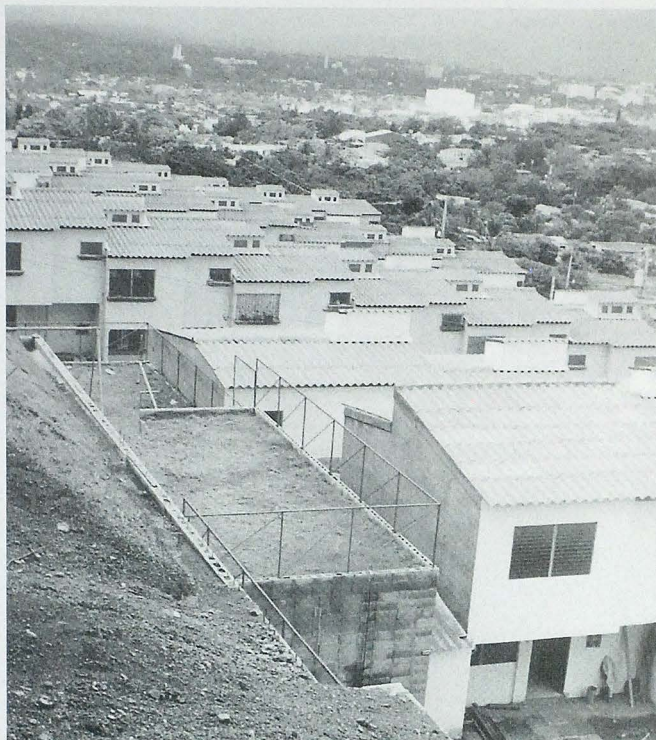


Foto: Harzo Falduto

fecha existían aproximadamente 2 y medio millones de salvadoreños que carecen de un lugar en donde habitar normalmente.

Adicionalmente al problema del déficit, las condiciones de vida de muchas de las viviendas existentes se encuentran en situación muy lamentable: alumbrado, agua potable y servicios sanitarios son caóticos. Las dos quintas partes de las viviendas de las familias más pobres carecen de agua potable, y por ende de servicios sanitarios adecuados, lo que significa que solamente las tres quintas partes de las viviendas en uso llenan requisitos adecuados de vida. En el sector rural la vivienda tiene una fragilidad frente a las inclemencias del medio, que las hacen en extremo vulnerables a cualquier clase de fenómeno meteorológico.

Pero el problema de la vivienda presenta también un aspecto económico de difícil solución en la actualidad, y es el problema de su adquisición. No puede negarse que cada vez está más lejos la posibilidad de muchos grupos familiares por optar a una vivienda propia. Aún en las deplorables condiciones constructivas con que las compañías constructoras las entregan. Medio terminadas, de baja calidad, algunas veces mal construidas, y con un alto costo. Cada vez es más frecuente que las familias pobres deben obligatoriamente hacer gastos onerosos para poder habitar sus viviendas recién adquiridas pues apenas tienen las paredes, techo y pisos. Las defensas de las ventanas, los muros divisorios, las puertas interiores, no forman parte del inmueble recibido, pero el precio de las mismas llega a no menos de los noventa mil colones, libres de los intereses de ese capital durante un período no menor a los veinte años.

Hay mucha tela que cortar en este asunto. Los constructores aducen el alto precio de los materiales y el costo elevado de la mano de obra; las instituciones financieras reclaman el pago de los intereses de mercado en un país en donde el dinero tiene varias opciones; las inmobiliarias, generalmente apéndices de las empresas de construcción, reclaman cantidades

adicionales al valor de la vivienda por debajo de la mesa, porque se insiste en que el incremento de los precios de los materiales de construcción obliga a revalorizaciones de las mismas, ajenas a los pactos entre el usuario y la institución financiera. Estos problemas no son nuevos, se conocen, pero no tienen solución en un país en donde la corrupción y el espíritu de lucro tienen un nicho permanentemente asignado. No existe una tan sólo institución estatal responsable de garantizar la calidad y las condiciones de adquisición de la vivienda, y el usuario queda abandonado a esas fuerzas del mercado, sacrosantas y despiadadas, que cargan los dados a favor de los empresarios.

EL ALTO COSTO DE LA VIDA

Los economistas se han especializado para elaborar sofisticados indicadores estadísticos que permiten



demonstrar el incremento de los precios en la economía. Temerosos del mal endémico de la inflación, conceptualizada como incrementos anormales en los precios de los bienes que se transan, pretende anticiparse a la enfermedad, midiendo continua y sistemáticamente el valor de la canasta básica y la capacidad de la familia de escasos recursos para alcanzarla. Así las cosas, el Banco Central por medio de sesudas mediciones adecúa sus instrumentos de política para garantizar los mínimos niveles de inflación. Pero la realidad es que no se requiere ser economista para detectar que todo está caro, que los sueldos no alcanzan, que con el mismo dinero en el supermercado se compra cada cada vez menos, en fin, que el ama de casa tiene que hacer malabarisimos para que un ingreso estancado alcance.

En esta triste realidad los equilibrios macro-económicos de los que se ufana la demagogia gubernamental y técnica no tienen asidero. Más les valdría al grupo de tecnócratas abandonar sus torres de cristal y explicarnos a la orilla de las calles de los mercados porque sus teorías y sus mediciones no cuadran con los pesos y centavos de la compra de la comida, del vestido y de las medicinas.

Pero no cabe duda que ajena a los discursos teóricos de los entendidos, la economía busca sus mecanismos compensatorios para el diario vivir. Dos de ellos llaman la atención en el presente artículo. El primero se refiere a lo que llamo en categoría de sinónimos «el mercado de lo usado o el mercado de la basura». El alto precio de los bienes de consumo ha llevado al desarrollo de un increíble como amplio mercado de bienes usados, entre los que destacan la ropa y las llantas. Ambas mercancías son basura, desechos fuera de uso de sociedades más prósperas especialmente la norteamericana. Y aunque no nos guste y nos lastime son sencillamente eso: basura, pero sin lugar a dudas da a nuestros pobres, a los grupos de escasos recursos, la opción de continuar vistiéndose. La llanta usada plantea también el mismo fenómeno, ante la imposibilidad de comprar una nueva se recurre a lo que se desecha en los países ricos porque ya no llenan los requisitos de seguridad pero aquí bien corren algunos cientos de kilómetros adicionales, hasta llegar a las «lonas». La lista se amplía en el tiempo: autobuses, automóviles, discos compactos y electrodomésticos.

El otro mecanismo compensatorio es el contrabando y la venta de mercadería robada. El centro de San Salvador está lleno de vendedores de «cachadas», artículos de dudoso origen que llegan a los consumidores

en alivio de sus necesidades a precios verdaderamente bajos: la mitad y a veces todavía menos de los llamados «precios de mercado». El consumidor se defiende en la medida que puede y frente al alto costo de la vida quedan bien pocas opciones: dejar de comprar, sustituir por bienes de más bajo precio o comprar de lo usado y lo robado. El comercio formal, el de los grandes almacenes ha visto disminuir significativamente sus ventas, pero se protegen mediante casi continuas promociones con reducciones de precios.

La sociedad salvadoreña empujada hacia el consumismo por efecto imitación y por la necesidad del mercado de contar con números cada vez más considerables de alienados ha sido compelida a utilizar diversas modalidades de compra, especialmente el sistema de tarjetas de crédito que tienen emprobleados a más de un consumidor irresponsable. Las compañías de tarjetas de crédito, en extremo liberales en sus inicios para conceder los plásticos, cuentan con una creciente cartera en mora; los intereses muy altos por cierto, se convierten en una verdadera espada de Damocles a tal grado que los Bancos del sistema han puesto en marcha programas de salvataje con préstamos a mediano plazo para pagarlas.

Sin lugar a dudas el sistema financiero se protege, el mercado debe mantener el dinamismo para no sucumbir, y como los propietarios y grandes accionistas del sistema se encuentran en prácticamente la mayoría de sectores de actividad económica hay un «traslado de problemas» hacia el sector financiero que mediante refinanciamientos y ampliaciones en los plazos de créditos, trata de mantener el poder de compra progresivamente perdido.

Pero sin lugar a dudas, el mercado de la usura y la basura ha adquirido para la población de bajos y medianos ingresos una posición en el mercado que afecta las actividades del sector comercial tradicional. Mientras no se produzca un reajuste de los precios y/o del poder adquisitivo serán cada vez mayores los negocios que se cierran en los modernos centros comerciales de Metrocentro, Escalón y sus periferias.

LA MARGINACIÓN

Es un problema social de indefinibles dimensiones y de alto riesgo. En la medida que distorsiona las relaciones normales y cotidianas de los diferentes grupos sociales profundiza las tensiones entre ellos, dando lugar

El problema de la vivienda presenta también un aspecto económico de difícil solución en la actualidad, y es el de su adquisición. No puede negarse que cada vez está mas lejos la posibilidad de muchos grupos familiares por optar a una vivienda propia. Aún en las deplorables condiciones constructivas con que las compañías las entregan. Medio terminadas, de baja calidad, algunas veces mal construidas, y con un alto costo



INFORME DE LA UTEC 1999

El alto precio de los bienes de consumo ha llevado al desarrollo de un increíble como amplio mercado de bienes usados, entre los que destacan la ropa y las llantas. Ambas mercancías son basura, desechos fuera de uso de sociedades más prósperas especialmente la Norteamericana. Y aunque no nos guste y nos lastime son sencillamente eso: basura

a comportamientos fóbicos, y aun más, en relaciones de odio y antipatía en función de clases, educación, posición económica, y pertenencia a grupos considerados con mayores privilegios.

La marginación puede ser vista posiblemente como una reacción frente a una sociedad discriminante y selectiva, insensible ante las necesidades de los menos privilegiadas, irracionalmente excluyente y estamentaria. Independientemente del análisis que pueda hacerse de ella, la preocupación estriba en que da lugar a cinco fenómenos que están afectando el presente y el futuro de nuestra sociedad; ellos son: la delincuencia, la prostitución, las maras, la expansión del negocio de las drogas y la violencia sexual.

Posiblemente pueda encontrarse una concatenación entre la marginación y los problemas señalados en la medida que no hay opciones para que los jóvenes de escasos recursos encuentren opciones para su desarrollo como personas y ciudadanos.

La delincuencia común tiene muchas explicaciones, no solamente de tipo social sino también de carácter psicológico, cultural, de valores, etc., pero no cabe duda que se desarrolla y prolifera en los ambientes que carecen de opciones para insertarse positivamente en la estructura social. La prostitución, las maras, las drogas y la violencia sexual son sus hermanas gemelas, se atraen y se alimentan mutuamente, pareciera ser que se necesitan para mantener un sentido de vida, una identificación y posiblemente una rebelión escondida para alterar los valores de una sociedad cargada de hipocresía y de carencia de valores humanos.

La marginación se alimenta en las diferencias de clases, en la frustración de entender que hay muchos lugares vedados para los pobres, en las carencias de opciones de toda clase, en la imposibilidad de atender las necesidades familiares, y posiblemente en la percepción de que la violación a las normas, a los patrones de conducta y a las leyes ofrecen compensaciones que justifican los riesgos.

Un estudio sociológico demostraría un considerable número de vasos comunicantes entre los cuatro jinetes del Apocalipsis de la sociedad salvadoreña actual: prostitución, maras, drogas y violencia sexual, de los que no cabría duda que tienen progenitores comunes. Pero hasta aquí es muy poco lo que la sociedad hace para combatirlas, que trascienda acciones punitivas contra los escuálidos eslabones finales de largas cadenas

organizadas de delincuencia. Posiblemente su combate deba transformar la óptica de análisis, considerando que tanto como problema social son lucrativos negocios vinculados con organizaciones internacionales de delincuencia. Y sin lugar a dudas el hecho de que organizaciones mafiosas con tanto poder económico, institucional y delincuencia consideren a nuestro país como teatro de sus operaciones es porque los beneficios valen la pena.

EL DETERIORO AMBIENTAL

La escasa atención que se está dando a la conservación y protección del medio ambiente salvadoreño son actos de una profunda y criminal irresponsabilidad. Ha sido un fenómeno mundial que ha venido siendo denunciado por ecologistas y organizaciones protectoras del ambiente. La contaminación abusiva, la carencia del agua, la destrucción de la capa de ozono, el calentamiento de la tierra, la devastación provocada por fenómenos meteorológicos cada vez más destructivos, la reducción y destrucción de los bosques, son los más relevantes ejemplos de una situación que amenaza con la eliminación total del planeta.

En nuestro país hay muchas lacras que combatir: los desechos contaminados que muchas empresas industriales echan a los ríos, la eliminación segura de tóxicos que se utilizan como insumos para la elaboración de pesticidas y otros, las talas indiscriminadas de bosques para la construcción de viviendas o zonas industriales, la autorización para construir núcleos habitacionales a pesar de la carencia de agua para surtir a sus futuros habitantes.

La necesidad y urgencia de promover el desarrollo económico del país ha sido esgrimidas constantemente como el argumento convincente para que, a pesar de todo, se haya dado carta abierta a la destrucción de nuestro ecosistema. Pareciera ser que en esta visión corto placista en donde imperan los intereses del momento de muchas empresas el futuro de las generaciones que van a continuar viviendo en este país no importa. Se han visto verdaderas luchas para imponer contra viento y marea proyectos privados como el del Parque de los Pericos, en donde han sido aprobados por las autoridades una zona residencial de lujo, un centro comercial y calles para unir otras arterias. Sin lugar a dudas se ha perdido el interés nacional y colectivo frente a los poderosos intereses privados y sus beneficios.



La Problemática Social

El Estado, especialmente el Estado «gendarme», el no intervencionista, por el que claman los cultores del libre mercado no tiene dientes ni garras para proteger e intervenir en función de los intereses ciudadanos. Hasta aquí podrían señalarse muchos ejemplos, como la destrucción de la llamada costa del bálsamo, en un proyecto habitacional cuya inversión corría a cargo de un importante funcionario gubernamental.

LA VIOLENCIA Y LA SEGURIDAD

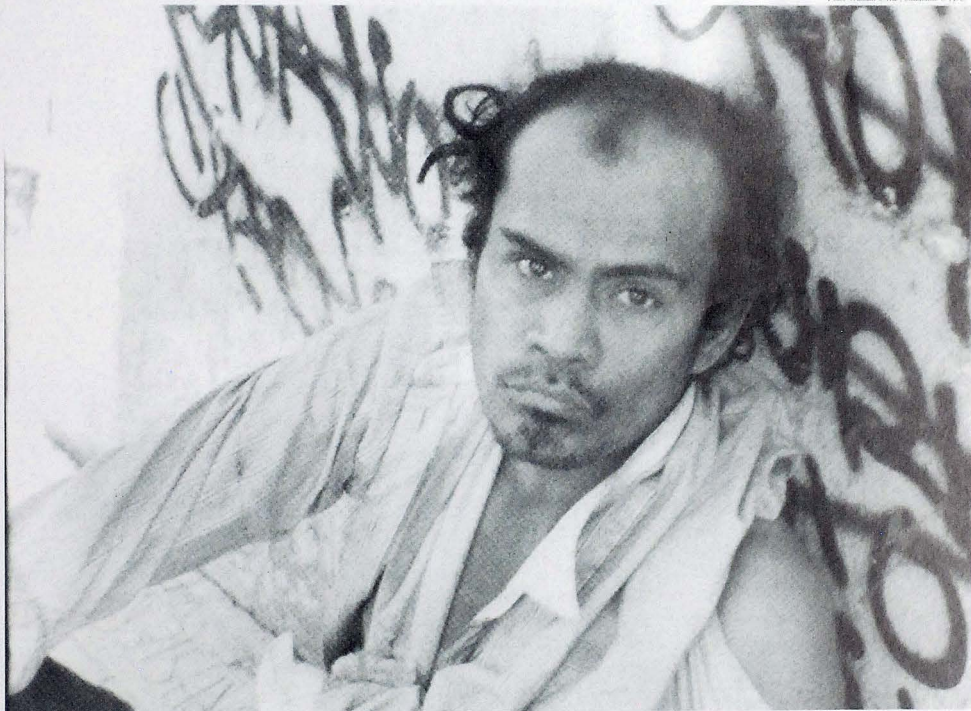
El clima de violencia y la inseguridad ciudadana es otro factor de inestabilidad y destrucción social, especialmente cuando se rebasa la capacidad de las instituciones del Estado, responsables de resguardarlas. Los secuestros están a la orden del día, y la capacidad policial es insuficiente para contenerlos. Los atracos a empresas, almacenes, furgones, sucursales bancarias se realizan con éxito, sin que puedan identificarse hechores.

La delincuencia común hace estragos en la población normal que no encuentra como defenderse; la delincuencia organizada es todavía más letal y está demoliendo el corazón de la economía. El contrabando, los atracos a mano armada, el robo de furgones, de vehículos, y los ataques a los vendedores de las empresas propicia un deterioro en el clima de actividades. Las empresas se han visto obligadas a pagar medios de seguridad cada vez mayores, lo que se traduce en costos pagados por los consumidores finales.

El actual gobierno ofreció en sus inicios un intenso programa para combatir la delincuencia y garantizar la seguridad, pidió pocos meses para mostrar resultados pero hasta la fecha es muy poco lo que se ha logrado.

La empresa privada, generalmente ajena a la problemática social, ha expresado su pública preocupación por el tema de los secuestros en la medida

Foto: William Cely, colabore UFFC





INFORME DE LA UTEC 1999

en que el blanco de los mismos son empresarios o personas con mucha capacidad económica. Se argumenta que el clima altamente violento y la inseguridad desalientan a los inversionistas extranjeros, siendo este uno de los factores que impiden una mayor participación de recursos externos en el crecimiento de la economía.

LA DIMENSIÓN DE LA CRISIS

El Salvador es actualmente una sociedad en crisis. Entendida la crisis en mayúscula, sin rodeos ni tapujos. Por regla general cuando se pretende esconder lo que es obvio seguimos el juego del avestruz que esconde su cabeza frente al peligro. Negar lo que diariamente conmociona los patrones sociales es una aberración que impide un sano proceso de catarsis que oriente la solución de los problemas. En la presente reflexión no nos interesa el autoengañarnos, que en el fondo es también otra crisis: la de sinceración y aceptación de la realidad. El análisis reflexivo de una realidad concreta peca muchas veces por inoportuno, porque aprieta la llaga y duele, porque para curarse necesita que se remuevan los tejidos purulentos. En el campo social una tarea de esta naturaleza no es agradable, hay una resistencia visceral frente a la cura, especialmente cuando esta elimina los cuerpos patógenos que se alimentan de lo mal.

La crisis, nuestra crisis, se plantea en diversas áreas de la realidad cotidiana. Para efecto de análisis las identificamos sectorialmente, reconociendo que al final es una sola que se manifiesta con diferentes máscaras y las hemos bautizado con diferentes nombres.

LAS MIGRACIONES HACIA EL EXTRANJERO O LA CRISIS DE OPORTUNIDADES

Más de un millón de salvadoreños en tierras extrañas buscando el sueño americano y la subsistencia. Miles de salvadoreños que se aventuran diariamente por salir ilegalmente del territorio que los vio nacer en pos de una aventura cada vez más difícil e inalcanzable. En manos de «coyotes» embaucadores y despiadados, arriesgando la vida en camiones con doble fondo o corriendo por el desierto, perseguidos por un sistema policial empeñado en que no se entre a la tierra americana. Pero la necesidad de encontrar empleo y los ingresos necesarios para subsistir obligaron y siguen impulsando a muchos de nuestros compatriotas para encontrar en otras tierras las oportunidades que aquí no existen. La falta de oportunidades de toda clase: empleo,



educación, estabilidad laboral, seguridad, asistencia social, en fin casi todo y para muchos, es la motivación que empuja para abandonar lo que se tiene, especialmente la familia.

Las migraciones son una vía de escape de muchas tensiones sociales, y en el caso salvadoreño también han constituido un importante apoyo de la economía, en la medida que mantienen un permanente flujo de ayuda familiar en dólares. Durante muchos años, las llamadas remesas familiares han tenido una importancia tal como para llegar a ser el primer rubro de ingresos de la balanza de pagos. Independientemente del fenómeno migratorio la situación de la falta de oportunidades es latente, y lo más preocupante, creciente.

Hasta el momento el sistema productivo no tiene la capacidad de generar empleos, todo lo contrario, la inmersión nacional en sistemas de tecnología avanzada



Felice Harris Eudala

ha provocado despidos de recursos que no encuentran acomodo en otros sectores. La depresión productiva en el sector agrícola también ha ocasionado un significativo desempleo de trabajadores que no tienen la educación y la capacidad de ubicarse en sectores diferentes. La modernización de los servicios públicos y el Estado ha llevado también a poner en la calle a burócratas de escasas habilidades. La respuesta ha sido la acumulación humana en el sector informal, especialmente en el comercio y la venta de servicios de escasos ingresos, que se encuentran fuera de opciones laborales que tengan estabilidad, seguridad y un nivel mínimo de bienestar para las familias salvadoreñas.

La crisis de oportunidades es evidente. No hay opciones ni a corto ni a mediano plazo. La subsistencia es precaria y pareciera que migrar es la única salida. Lo confirman el millón de salvadoreños que «mojados»

viven y trabajan en los Estados Unidos rogando que no los descubra la «Migra» y los envíe en los charters de deportados.

LA CRISIS DE LA CORRUPCIÓN Y LA SOCIEDAD DE LA «DOBLE ETICA»

El cáncer de la corrupción se vuelve cada día más generalizado. Se encuentra íntimamente relacionado con la ausencia de valores mínimos de comportamiento social, y se refleja cotidianamente en la mayoría de las expresiones sociales.

La corrupción es una modalidad para hacer posible todo lo que no se puede obtener correctamente, de acuerdo con las normas y procedimientos legales y éticos establecidos. Para ello los patrones éticos tienen que estar en crisis o estar deformados.

La sociedad salvadoreña maneja una doble moral en términos generales. Estas posturas se hacen evidentes en la mayoría de sus comportamientos, pero especialmente en algunos aspectos sensitivos como la delincuencia y la política. Un grave problema está relacionado con las autoridades policiales y el sistema de justicia; entre ellos la pertenencia no despreciable de miembros de la policía a bandas delincuenciales, organizadas, dedicadas al tráfico de drogas, al secuestro, los asaltos y otras lacras. Por su parte el sistema de justicia ha sido cuestionado repetidamente por su apatía, corrupción y en muchos casos convivencia con los delincuentes. Bastaría señalar los casos en que se dejan en libertad criminales y delincuentes notorios por falta de pruebas, por violaciones al debido proceso, o por cualquier artificio jurídico que impide que la justicia se aplique.

En el campo político, es posiblemente donde ésta doble moral se hace más evidente, provocando actitudes de repulsa hacia los partidos y sus representantes. Pareciera que a los políticos les resulta indiferente las acusaciones de corrupción que frecuentemente reciben, de estar en un mercado de compra y venta de votos y participaciones, de negociaciones antídicas para colocar a determinados personajes al frente de algunas instituciones estatales, de regir su participación en función de intereses personales o de grupo.

La falta de credibilidad en las actuaciones correctas y honestas de los personajes políticos inclina cada vez más la balanza hacia los insatisfechos, a los que consideran que no hay democracia y que lo importante son los intereses de los partidos políticos y sus dirigentes.



INFORME DE LA UTEC 1999

LA CRISIS DE LAS CONCERTACIONES

El equilibrio político es un sutil juego de la democracia. Frente al monopolio en el ejercicio del poder los partidos políticos en su carácter de representantes de diversos sectores de la sociedad se ven en la necesidad de llegar a acuerdos concertados, en donde indiscutiblemente se supone que privan los intereses colectivos. En nuestro país se ha hablado mucho del tema en los últimos años como resultado que ninguno de los institutos políticos tiene la mayoría suficiente para imponer sus decisiones y puntos de vista. Pareciera ser que, muy sabiamente, el electorado empuja cada vez más a un ejercicio de concertación, que idealmente requiere de mesura, amplia visión, respeto a los intereses de la mayoría de la sociedad y diplomacia. El elemento básico de estos acuerdos es el respeto y la base de todo entendimiento es la confianza en los valores de los acuerdos, en la ética de las contrapartes, en el reconocimiento de que el país no es hacienda de ningún grupo en particular.

Sin embargo es penoso constatar la forma y modalidades que se utilizan para sorprender la buena fe de las partes, los valores comprometidos, las reglas de juego anteriormente definidas; en fin el interés nacional que se ve sujeto a intereses de grupos, y lo que es más grave, a la personal corrupción de algunos líderes que descaradamente trafican con sus posiciones y votos para satisfacer sus apetitos personales.

En estas circunstancias la concertación pierde su sentido positivo, y se transforma en un instrumento que envilece los acuerdos. La enajenación de los votos, mediante la concesión de prebendas, privilegios o cualquier otra clase de remuneración, destruye el espíritu del instrumento. En este país todo mundo llama a la concertación: el gobierno, los partidos políticos, los grupos de poder, las asociaciones gremiales y otras, pero a la primera oportunidad de imponer voluntades gracias a circunstanciales ventajas, la ley de la jungla se aplica sin conmiseración alguna.

LA CRISIS DE LA POBREZA

La pobreza generalizada es uno de nuestros mayores males endémicos. Si la entendemos como carencias fundamentales en la calidad mínima de la vida, su influencia en la sociedad es relevante en la medida que produce insatisfacciones prontas a convertirse en tensiones y focos de descontento. La pobreza en sí es un serio problema, pero la pobreza extrema es una crisis

que atenta la tranquilidad y la seguridad social dado que genera constantes reclamos y potencia rebeldías en un medio en donde muy pocos tienen mucho y muchos tienen demasiado poco.

En diversas oportunidades algunos sectores gubernamentales y algunas gremiales empresariales pretendían afirmar que la pobreza extrema se había reducido durante los diez años de aplicación del modelo de economía de mercado. Se considera que no existen los estudios ni las cifras adecuadas para probar semejante aseveración; pero pareciera ser que la situación de los pobres no se ha modificado sustancialmente. Hay opiniones en el sentido que la inequitativa distribución del ingreso nacional, característico de países pobres y subdesarrollados como El Salvador, tiende a acentuarse como resultado de un sistema económico que favorece la concentración de la riqueza.

La pobreza en todas sus formas y dimensiones es un lastre, porque excluye de los beneficios del desarrollo a millones de personas, y también porque les niega una participación activa en una economía de mercado que produce para consumidores efectivos. Frente a limitaciones de demanda en el mercado interno la única opción posible es la colocación de los bienes y servicios producidos en mercados extranjeros, sin lugar a dudas bajo las reglas de una indiscutible competitividad, que difícilmente tienen muchos de nuestros productores locales.

Si no se reconoce que la pobreza frena el desarrollo las opciones para dinamizar la economía y la sociedad se vuelven muy limitadas. Y no se trata de implementar programas paternalistas de consumo, o de dádivas, o de una permanente asistencia social; debe entenderse que se trata de potenciar adecuadamente el recurso humano para insertarlo en el ámbito de los factores dinámicos del desarrollo. De nuevo la educación, la salud, las condiciones de vida en general adquieren un peso determinante. El gran reto es la reconstrucción del recurso humano capaz de ser altamente productivo disfrutando de los beneficios de la riqueza, la tecnología y el bienestar.

LA LUCHA ENTRE LOS INTERESES INDIVIDUALES Y LOS DEL GRUPO SOCIAL

Adan Smith sostenía que el hombre actuando en beneficio propio lograba el beneficio colectivo, y en este sentido es valdiero sostener que no hay conflictos entre los intereses individuales o de elite con los de la sociedad



Foto: Haces/El Jale

como un todo. Pero la realidad pareciera desmentir el concepto, y a contrario senso, los intereses de los grupos económicamente poderosos influyen en una mayor inequidad en la distribución del ingreso nacional.

Si la pobreza en sus diferentes grados ha aumentado, si la clase media se ha depauperizado en los últimos diez años, no podría haber ninguna duda que la balanza de la riqueza se inclina hacia uno de los lados. Los tan traídos y llevados beneficios de la globalización, las políticas gubernamentales internas para favorecer el desarrollo empresarial, el que a nuestro juicio sólo es posible mediante una acumulación de capital, ha generado más pobreza. Esta realidad, reconocida en los foros de las instituciones financieras internacionales como el Banco Mundial, el Banco Interamericano de Desarrollo y el Fondo Monetario Internacional ya no puede ser evadida. Los reclamos y denuncias de los países en desarrollo, que cada vez con mayor fuerza exigen una revisión de las reglas de juego en la comunidad internacional. Las opciones de la globalización no eran para los pobres y nuevamente el grado de inequidad en la distribución del patrimonio mundial se desparrama generosamente sobre los países ricos.

La política gubernamental, machaconamente, insiste en seguir impulsando sin cortapisas el camino del país hacia el mundo globalizado. Posiblemente se trate de argumentar que este proceso, impuesto y santificado desde afuera no tiene mayor opción que el de alinearse por las buenas o por las malas. No podría decir si en estas decisiones se ha analizado la estructura productiva real del país, sus fortalezas efectivas, y de nuevo la triste realidad de nuestras limitadísimas opciones. De nuevo hay una certeza que no puede ser ignorada, el precio de la globalización está siendo pagada por un pueblo cada vez más pobre y sin opciones.

Y por mucho que sueñen los defensores de estos temas, mientras no exista un equilibrio entre los intereses de todos los sectores de la sociedad el desarrollo del país es una utopía. Y en la medida que esta utopía se encuentre más lejana, las reacciones sociales pueden estar más próximas. Más de diez años de una cruenta guerra y millares de muertos no nos enseñaron nada; igual como en el pasado, la irreflexión de los intereses de unos pocos condenan a todo un pueblo a la defensa de su supervivencia.



INFORME DE LA UTEC 1999



Foto: Archivo Taller de Fotografía UTEC

EL ESTADO DE DERECHO Y LAS MINORÍAS

El Estado de derecho es un tema que aparece siempre que se producen expresiones sociales y políticas que alteran en determinados momentos la sutil situación de dependencia de algunos sectores sociales con otros. El marco jurídico del país definió y estableció un ordenamiento social que no puede ser alterado por ninguna circunstancia y mucho menos fuera de las modalidades e instancias establecidos por el mismo. Pareciera ser que en este ordenamiento perfecto todo fue considerado y previsto, y que en él se encuentra garantizado las posibilidades de todos los sectores de expresarse y manifestarse en los mismos niveles de equidad y justicia. No se puede dudar que el ordenamiento existente pueda ser viciado, manipulado y aprovechado por intereses específicos. El mismo tenor reza para la estructura institucional, perfecta e incorruptible, especialmente por los funcionarios que las dirigen, cuyos criterios no pueden ser puestos en duda.

Como en esta situación ideal no hay nada por lo que protestar, el abuso de mostrar inconformidad es un crimen. Lo extraño es que los que protestan son recurrentemente las mayorías empobrecidas de la sociedad: los trabajadores, los patrulleros, los campesinos de la reforma agraria, los pueblos del interior en donde se botan, así con tranquilidad, los desechos tóxicos. Pero más extraño aún es que de repente aparecen protestando los policías, las vendedoras de verduras, los médicos del Seguro Social, y hasta militares en una sorda insatisfacción por los ascensos ordenados por sus superiores.

Cada manifestación de las anteriores han sido calificadas como una violación al Estado de derecho. Y todavía más, cuando las expresiones rebasan ciertos niveles se acusa a los políticos de oposición de atentar contra la estabilidad política del país. No es raro en este estado ideal luchar por mejorar los niveles de vida, exigir una mayor equidad en las relaciones entre patrono y trabajadores, tratar de mejorar el sistema de salud, son signos inequívocos de antipatriotismo. Por ejemplo cuando algunos grupos de trabajadores denuncian internacionalmente las tristes condiciones de los trabajadores de las máquinas,



se está boicoteando al país. Son los malos salvadoreños.

¿Pero quiénes son los buenos? ¿Y porqué? ¿Porqué no se quejan? ¿porqué son expertos en lobby y saben como dirigir sus demandas? ¿porqué tienen a sus espaldas poderosas agrupaciones que comparten el poder político? No pueden ser antipatriotas y antisalvadoreños los que gozan de la protección del marco institucional por entero. Porqué protestar cuando esa señora que falla con los ojos cerrados siempre deja caer la espada por el mismo lado. El Estado de derecho, tan traído y llevado, paradójicamente es siempre el mismo argumento del mismo lado. Quien no lo crea que se tome la molestia de revisar todas las informaciones periodísticas en que se denuncia su violación.

Considero que hemos caído en la modalidad fácil de inculpar cualquier posición que no esté en el marco mental de nuestra conceptualización bajo la etiqueta de «desestabilizador», antisalvadoreño y antipatriota, como si la diferencia de opiniones y las denuncias a situaciones públicas solamente tuvieran una óptica. Esa connotación se ha dado a todas las últimas manifestaciones sobre temas como la huelga de los médicos, el problema del transporte, las demandas de respeto a las prestaciones laborales en las máquinas y recientemente a la ampliación del tributo impositivo del IVA sobre los alimentos y las medicinas.

El Estado de derecho es el respeto de todas las partes a las reglas de juego establecidas en el campo del Derecho, y la capacidad propositiva o de denuncia no puede ser negada a ningún ciudadano o grupo social. Partir del hecho de que cualquier denuncia o movimiento atenta contra ello es una forma muy simplista de negarse a reconocer la existencia de un problema y la urgente necesidad de la búsqueda de soluciones.

LA CRISIS DE VISIÓN

Pareciera ser que, según la opinión de distinguidos cientistas sociales, la sociedad salvadoreña atraviesa una crisis amplia como resultado de su transición hacia nuevas formas de estructura, comportamiento y relaciones. En este proceso de acomodamiento se encuentra implícito las tensiones propias que se derivan del apareamiento de nuevos actores, del agrupamiento de nuevas fuerzas y asimismo

de las fuerzas tradicionales, de diferentes centros de poder y de condiciones diversas para el ejercicio de la aplicación de dichos poderes y las opciones de concertación.

Se puede decir que estamos de acuerdo en el enfoque, y lo que calificamos como crisis sea, de acuerdo con una consideración menos fatalista, una oportunidad para resolver grandes problemas y conflictos, algunos de ellos de muy vieja data. Pero si creemos que esa opción positiva requiere de una visión general hacia una nueva sociedad y un nuevo país que no vemos. Una mística, una idea fuerza que proyecte las acciones y la visión de la sociedad como un todo hacia nuevos estadios de desarrollo humano, económico y social. Esta visión amplia debe ser compartida por todos los sectores de la sociedad, desde los empresarios hasta los habitantes de las colonias «miseria», en donde exista una visión solidaria capaz de reconocer la urgencia de enfrentar y resolver muchos de los problemas actuales con visión de país.

Si se hiciera una encuesta entre todos los sectores de la sociedad salvadoreña y preguntáramos hacia donde vamos o hacia donde queremos ir como país, posiblemente no tengamos una respuesta objetiva y convincente. Esto es preocupante si consideramos que los esfuerzos deben ser homogéneos y orientados hacia fines precisos convencidos de que eso es lo mejor para todos y para el país. La falta de visión propicia el caos y los esfuerzos orientadores deberían estar en aquellos sectores que por su propia naturaleza son los líderes auténticos y legítimos de la sociedad, especialmente el papel conductor del Estado.

En esta visión compartida la legitimidad es un elemento indispensable, también lo son la ética y la honestidad de propósitos; y en este sentido la transparencia de las acciones políticas, el combate a la corrupción, las concertaciones en función de las necesidades o el interés social coadyuvan a la aceptación de esa visión aglutinadora, tan necesaria para dar sentido a un esfuerzo de tales dimensiones.

Cuando se tiene una visión de país, cuando esa visión se legitima en el beneficio colectivo y se asienta en el ejercicio de la democracia auténtica, el marco de acción nacional se define sin provocar escepticismos. Posiblemente el reto más relevante se encuentre aquí, ya que su definición facilitaría la solución de las demás. ■

*LOS SECTORES
POBRES DE LA
SOCIEDAD TEMEN, Y
NO SIN RAZÓN, QUE
UNA PRIVATIZACIÓN EN
EL SISTEMA DE SALUD
ENCARECERÁ EL
SERVICIO MÉDICO Y
HOSPITALARIO,
DEJÁNDOLOS SIN
OPCIONES*